

La Estatua de la Libertad
Alejandra Kollontai
1916

(Versión al castellano de Ana Armand desde “[The Statue of Liberty](#)”, en [Alexandra Kollontai Archive – MIA](#))

¿Quién de nosotros no contempló con asombro en nuestra infancia la poderosa Estatua de la Libertad, su antorcha encendida iluminando la entrada de un puerto internacional, a un Nuevo Mundo que aún conservaba todo su atractivo y rareza de cuento de hadas para el europeo? ¿A quién de nosotros no le impresionó en su infancia su grandiosidad mientras se elevaba por encima del horizonte de los rascacielos de Nueva York? ¿Cuán lamentablemente pequeños e insignificantes eran en esas imágenes los enormes barcos que navegaban por el océano mientras se escabullían a los pies de la orgullosa y victoriosa Libertad!...

Mientras nuestro vapor noruego *Bergensfjord* se abría paso lenta y cuidadosamente entre el ajeteo de los barcos de todas las grandes naciones del mundo, nosotros, los ingenuos europeos, nos esforzamos en echar un vistazo a la estatua de la libertad prometida [desde la infancia].

Luego, en mi primera visita a Norteamérica hace un año, la Estatua de la Libertad estaba oculta por una espesa niebla otoñal que cubría a nuestros ingenuos ojos el símbolo que una vez hizo latir los corazones de nuestros padres y abuelos europeos con triunfante felicidad y exultación.

Para mí, la Estatua de la Libertad permaneció envuelta, misteriosa, atrayente, en la poderosa imagen de nuestra imaginación. La vi por primera vez cuatro meses y medio después, tras mi gira relámpago por los Estados Unidos... Para entonces, Norteamérica ya había dejado de ser para mí la tierra prometida de la posibilidad. Durante esos cuatro meses y medio había visto a los políticos predicar insistentemente a favor del militarismo y la amarga lucha que libraban los trabajadores contra el capital norteamericano desenfrenado, el poder que ejercía la policía norteamericana y la omnipotencia de los reyes de los trusts, la corrupción de los tribunales norteamericanos, el servilismo de la prensa capitalista norteamericana... y la ‘libertad’ de la iglesia independiente... ¡Ahora tengo una imagen clara de cómo es realmente Norteamérica, una imagen clara de la “tierra de la libertad”, del Nuevo Mundo descubierto por Colón y que todavía atrae a los europeos!

Fue entonces, de pie a bordo del barco de vapor que me llevaba de vuelta al Viejo Mundo, cuando vi por primera vez la Estatua de la Libertad. Era un día claro y frío a principios de la primavera. Lentamente, como si no quisiera dejar la seguridad del puerto por la tormenta desconocida del mar abierto, el mismo *Bergensfjord* navegó más allá de la “octava maravilla del mundo”, más allá de la estatua cuya imagen es conocida por todos.

Ahora no estaba oculta por la niebla, ahora el sol iluminaba cada línea de esta imagen de bronce. E incluso así me negué a creer lo que veían mis ojos. ¿Es esa la Estatua de la Libertad? Tan diminuta, perdida en el ruido del puerto y enmarcada contra los altísimos rascacielos de los bancos de Wall Street. ¿Estaba esta impotente y diminuta

figura encogiéndose ante los todopoderosos rascacielos gigantes, esos guardianes de los negocios financieros, la Estatua de la Libertad que nos habíamos imaginado?

¿Quizás es la insolencia de los políticos y de los reyes del capital, recortando día a día las libertades ganadas con la sangre de los antepasados del moderno Tío Sam, lo que está obligando a la Estatua de la Libertad a encogerse, a acurrucarse en la consternación y la vergüenza? Cuando estás a merced del océano, cuando miras hacia adelante, hacia fantásticas aventuras que parecen venir directamente de un cuento medieval... entonces te inclinas inevitablemente ante lo místico, lista para creer en un gran milagro, en cuentos de hadas...

Los contornos de la ciudad, las enormes, retorcidas e implacablemente ascendentes líneas de los rascacielos de Nueva York, comienzan a desdibujarse. La Estatua de la Libertad se ha convertido desde hace tiempo en un punto apenas visible. Ha desaparecido. Un poco más, y Norteamérica perderá la realidad para nosotros, se convertirá en una de las imágenes de la sucesión de los recuerdos de la vida.

Fue entonces cuando me di cuenta de que el Nuevo Mundo, la Estatua de la Libertad, es simplemente una vieja y olvidada leyenda, un cuento de hadas de los tiempos precapitalistas que sólo puede ser relatado a partir de las reminiscencias de nuestros abuelos.

Para nuestros abuelos y bisabuelos el Nuevo Mundo era realmente la tierra de la libertad. Aquí, independientemente de lo que habían sido en la envejecida Europa, se sentían hijos y ciudadanos iguales de un país libre. Aquí podían rezar a su Dios de acuerdo con sus propios y queridos ritos. Aquí todavía podían creer que un hombre podía forjar su propia felicidad, riqueza y destino, con sus propias manos. Aquí el hada del éxito todavía se dirigía libremente a las tierras inestables y a las llanuras fructíferas, a las montañas estériles que ocultan el oro.

En la vieja Europa, el feudalismo aún no había retrocedido ante el ataque de la aristocracia comercial privilegiada de la burguesía, el aire aún olía a incienso, la sociedad aún estaba dominada por la desigualdad de los estratos y clases sociales, y los hombres aún estaban oprimidos por prejuicios feos y antiguos. ¿Es de extrañar que nuestros abuelos y bisabuelos extendieran sus manos con entusiasmo hasta las costas del Nuevo Mundo y se postraran ante la Estatua de la Libertad de bronce verdeada?

¡Pero qué lejos queda todo ahora! ¡Los cuentos de la libertad norteamericana se han convertido en mera leyenda!

La Estatua de la Libertad ha sido suprimida. Los rascacielos le han robado su aureola, y ahora ya no es ella la que se eleva sobre la bahía de esta ciudad internacional, ya no es ella la que ilumina el camino hacia el puerto internacional, hacia el Nuevo Mundo. Millones de luces de las ventanas de los cincuenta pisos de los rascacielos eclipsan la luz de la diosa de la libertad. Los gigantes grises miran burlonamente las estrechas calles de Nueva York que, atestadas de hombres de negocios y sus empleados, se abren camino como corrientes de cañones entre las paredes del acantilado. Y son estos sólidos muros de piedra, refugio seguro de los reyes de la capital norteamericana, los que ahora expresan más completamente el “espíritu” que reina sobre el continente de Colón y no la lastimosa estatua verde encogida que parece estar avergonzada.

Vi la estatua por segunda vez hace poco, esta vez iluminada por los rayos del sol de la mañana. Y, ¡qué extraño de relatar!, esta vez los pasajeros no miraron hacia afuera en busca de la Estatua de la Libertad. Era como si el duro y sangriento año que acababa de pasar hubiera enseñado su lección a los europeos que una vez habían creído tan fácilmente en la felicidad que se encuentra al otro lado del océano. No era la Estatua de la Libertad lo que buscaban, sino el barco de vapor que llevaba a las autoridades norteamericanas y a los representantes de la oficina de emigración que clasifican a los

pasajeros y envían a la mayoría de los de tercera clase, y quizás también a algunos de nosotros, pasajeros de segunda clase, a la infame “Isla de las Lágrimas”.

Y, de hecho, el vaporcillo se detuvo junto a nuestro hogar flotante... La larga procesión de pasajeros de 3ª clase debía someterse a un humillante interrogatorio y a una serie de desagradables formalidades, y luego debía esperar en una isla estéril hasta que unos amables amigos viniesen en su ayuda. Incluso puede suceder que los pasajeros de 3ª clase, y a veces de 2ª clase también, sean llevados sin ceremonias a una cárcel norteamericana hasta que se confirme su identidad.

¡Sin embargo, Dios no permita que algo así le suceda a los pasajeros de primera clase! ¿Acaso podría un pasajero de primera clase, llevando en su bolsillo cheques para un banco de Wall Street, ser un extranjero no bienvenido en la gran república? La alfombra roja se pone para el pasajero de primera clase, y para él la Estatua de la Libertad hace que su tenue antorcha vuelva a arder. Este colega de los reyes modernos de la república libre recibirá todo lo que la Estatua de la Libertad prometió una vez a cada recién llegado al Nuevo Mundo.

Pero cuán tenuemente esa misma estatua ilumina el camino hacia ese Nuevo Mundo para aquellos que sólo pudieron comprar un boleto de tercera clase...

¡Y una se siente avergonzada por la Estatua de la Libertad, y lamenta esos dulces momentos de expectativa hace un año cuando nosotros, ingenuos europeos, forzamos nuestros ojos para ver entre la otoñal neblina esa estatua que recordábamos de las ilustraciones de los niños, que nos enseñaron a amar al “Nuevo Mundo”, a amar a un país construido por el propio pueblo, a amar la libertad política!



germinal_1917@yahoo.es